

—*Tirant lo Blanc*—, que es una novela de caballería en serio, aparece como un antecedente del *Quijote*, en muchos aspectos que son señalados por el fino análisis de Dámaso Alonso. Señala, Alonso, en la forma del *Tirant*, dos técnicas que confluyen prodigiosamente:

“Una, tan nueva, que nos parece verla brotar en las mismas manos de Martorell viva, ágil, libre, despreocupada, rápida (y, al mismo tiempo, pormenorizadamente analítica); en una palabra, “moderna”; otra, tradicional, ligada, razonada, paralizada, toda trámite, lentísima; para el lector de hoy, un hastío, una lata”.

Dámaso Alonso ha prescindido de todo esto último y se ha preocupado, en cambio, de mostrar lo que parecía nuevo en el arte de novelar; lo que llega más a la sensibilidad nuestra.

Importa, finalmente, destacar, una vez más, la sensibilidad crítica de Dámaso Alonso, su capacidad de valorar e interpretar estéticamente las obras y documentos literarios desde el sentido mismo que ellos importan. No evita la erudición, pero es el rigor y la agudeza de la visión la guía más decisiva de su trabajo. Una prueba de ello es este libro de gran valor para el estudio de los problemas literarios.

Luis Muñoz G.

<https://doi.org/10.29393/At399-1CSBR10029>

Cifra solitaria, por JUAN GODOY. Novela. Xilografías de Eduardo Bonati. Santiago, Chile, Escuela Industrial Superior de Artes Gráficas, 1962. 95 páginas

Hace poco, Juan Godoy depositó en mis manos un libro de excelente presentación. Era la segunda edición de la novela *Cifra solitaria*, que publicara por primera vez en 1945. Conocía esta obra. Me había adueñado de revelaciones que ampliaron mi mundo de muchacho urbano. Ahora, al entrar a sus páginas, he vuelto a gozar con nuevas revelaciones.

El mundo de Juan Godoy está ofrecido regocijadamente en imagen lírica. Acaso la plenitud de asombros y poderes del autor cubre en él ese indispensable destino de los personajes creados. Por eso nuestro espíritu se siente acompañado por la mano de un diestro poeta, que devela y sugiere. Añadimos otra observación: la novela incita por su atmósfera alucinante, que crea “conjuro” de vidas.

El polvo —trumao— sureño, se nos transforma en barro cuando el callejón de la Industria del poblado es visitado por el crudo invierno. Las hostilidades de la naturaleza se suman a las apetencias mínimas de los habitantes del lugar. A través de la prosa, se advierte esa pugna del vivir del sur de Chile y los detalles componen el paisaje ambiental sostenido entre dos puntos de referencia, el molino y el matadero. De repente, como en un sueño de pesadillas, las imágenes aumentan su tamaño, aunque capten los objetos minúsculos o los motivos menos destacados. La pupila del lector brinca con esas imágenes y el juego se torna apasionador y esencial: sacos de

harina ("animalitos redondos, de vientres de leche"), la vaca que se carnea ("una sogá le abate la menuda cabeza; las cucharas del espanto le vacian los ojos"), los jotes, la sangre... Las supersticiones... Hay todo un orden que se desorbita en vida y color en torno al joven Loncho.

El autor despejó, en un ensayo sobre su concepción del arte de novelar, la referencia al lugar geográfico. Ese callejón, el molino y el invierno son parte de Angol.

En el capítulo inicial, "Una pequeña luz se llena de sigilos...", el poeta supera al narrador de sucesos, y nuestros ojos detallan morosamente en compañía de Loncho: "Las trancas sitúan nuestro miedo. Y el paisaje es un cuarto donde crepitan leños y carbones, borbotea una tetera, chirria en las brasas un trozo de carne o revienta una papa en el rescoldo, e insufla la ceniza su cuerpo de fantasma. Nuestras sombras lentas, como buzos, en el estrecho ámbito. Y la vela llora el miedo y su pequeña luz se llena de sigilos..." (página 14). De este modo, la historia de la novela se hace temblorosa y todo en ella se sucede con el misterio angustioso de la vida.

Lo que expresara cierta vez Juan Godoy sobre su obra, se reproduce al final de esta segunda edición de *Cifra solitaria*. Allí, con absoluta conciencia, explica su proceso: "Mi punto de partida es siempre una imagen, un ritmo o un rasgo facial. Allá en lo hondo está toda nuestra vida consciente o subyacente que espera el conjuro de una voz para emerger el hombre estilando alma y sangre y las tinieblas que le entornan". ¿Estas palabras no nos describen la índole de esta novela? La experiencia de Juan Godoy queda más expresa en lo que sigue: "Creo que trabajo más bien como poeta que como novelista o cuentista". Sin embargo, los resultados han podido comprobarse con las inquietantes páginas de su última novela que escribiera, *Sangre de murciélago* (1959).

En *Cifra solitaria*, los personajes son testigos que acechan a la noche y a la tormenta de lluvia del día de San Juan. La historia vive en el alma abierta, lanzada, proyectada más bien, de Loncho. Son pocas las horas reales de esos "miserables seres" —como los califica Juan Godoy en su confesión estética—, que se agitan en la noche tremenda de ese San Juan sureño. Pero adquieren calor en nuestro espíritu emocionado. Allí están Loncho, el niño; la india Chocholla; Nacha, la muchacha sencilla y pura, y Golondrino, el ciego. Bajo las lluvias, con sus propias supersticiones, se unen estos seres a los demás ante el hecho crudo y patético: el cadáver del impulsivo y brutal Serafín. La atmósfera medrosa del primer capítulo es tensión aguda en el segundo, "Vaharada de horribles sensaciones". Y, lentamente, las escenas conducen al personaje símbolo de Golondrino, "ese hombre ciego, de rostro alargado y lampiño, de grandes, blancos ojos como cráteres congelados y risa desdentada, horripilante; que sabía oraciones, ensalmos, conjuros y quebraba el empacho en los niños, curaba el mal de ojo, rezaba en los velorios miserables y era el único en el pueblo que sabía las doce terribles palabras" (página 23).

Golondrino es la sabiduría popular. Y también es el hilo de enlace entre la realidad y la leyenda. El mismo se bautizó con el nombre: "Como he

olvidado mi nombre y soy un buey... me llamo Golondrino —repitió la voz del ciego...” (página 25). El buey anda desamparado y sin conciencia por el valle, las aguas y las piedras. Es el rumiante que sobrelleva su destino y anda; anda “a su espacio sin espacio, en el tiempo, a su vacío perdido, a otro valle amargo y desolado” (página 26). ¡Qué angustia penetra, entonces, a nuestros huesos! Y el autor escribió sobre su protagonista, agónico en su entereza, en la ya citada explicación de su obra: “Mi novela *La cifra solitaria* se originó en un trozo de prosa, “La lengua del buey”. Siempre me ha ocurrido pensar que el buey es el símbolo del hombre, a causa de sus largos sufrimientos y sus dolorosos andares históricos”. Y el andar de Golondrino es sentido adentro, muy adentro, por los vecinos, siempre con su perro Brasil, su lazarillo. En su soledad, germinaba más y más el alma noble del ciego, pero, cada día, brotaba en ella la amargura: “Quiero tomar mi vida entre mis manos, y en mis dedos se escurre sólo sombra. Pero amo tanto la vida y hay nada más que el vacío, la muerte...” (página 34). El ser, al que Dios asigna un rumbo, no es perfecto. Al final de su camino, hallará su raíz. Y Golondrino, sabio a su manera natural, recogió ese oculto Mensaje. En el patetismo comunicativo del velorio de Serafín, Golondrino da alivio a esas almas arreciadas de pavor y de lluvia. El mundo cifrado de la ficción se completa con la belleza del folklore, y en la Noche de San Juan brota de los labios de Golondrino el conjuro de las Doce Palabras Redobladas, para alejar el peligro satánico, el oscuro hervor de los instintos. Y en una cadena de enorme sugerencia, la anciana comadrona, doña Eudoxia, da cabo suelto a una conseja. Dos humildes seres, el ciego y la celestinesca Eudoxia, ambos arrastrados hacia la periferia del círculo vital, iluminan y anticipan el próximo amanecer del día 25 de junio. Ante el cuerpo rígido de Serafín, en esa misma intensa noche, Golondrino conoció el misterio luminoso, la raíz de la luz, junto a su perro. El niño, Loncho, observador de esa vida cargada de supersticiones, y, Nacha, la púber que levantara un anhelo en el alma desamparada del niño, toparon al bueno de Golondrino y supieron de sus destinos. El de cada uno de ellos estaba frente a la higuera de San Juan, la higuera de la tragedia viva del existir. “Nacha corrió a mi encuentro, la cabellera suelta, sujeta en la frente con un cintillo verde, cual estrella fugitiva, en el paisaje vítreo. Revolaba la falda entre sus finos muslos. Me cogió de la mano. Su mano estaba muy helada, y juntos nos llegamos corriendo al árbol misterioso”. “Allí estaba la higuera. Desnuda, su follaje caído como una túnica de verdosas escamas a sus pies. Junto al árbol, rígido sobre el hielo, yacía solitario Brasil, el lazarillo muerto” (página 85).

La novela reúne a Serafín, el pendenciero y borracho; Chocholla, la sufrida india; el ex Sargento Soto, mesonero del lugar; don Sáyez, el panadero; Esther, la madre de Loncho, y a los tres seres que supieron su sino: Loncho, Nacha —hija de Golondrino—, y el ciego. Alrededor de Golondrino se traban vida y mito, haciendo enlazarse a la soledad y el temor con el amor y la comunicación. Con el rito del velorio, uno se compenetra del desasosegante destino de seres y cosas. Como en cada año, Golondrino y su perro se dirigieron a la higuera de la Pisada del Diablo y, en esta oportuni-

dad tétrica, hallaron su "cifra". Al amanecer, Loncho dejó de ser un niño en su propia alma. Y Nacha iluminó su corazón con el agua clara de la ventura. Amor y muerte comprimidos en el miserable ser de Golondrino, el ciego representante del andar humano con su ensimismada angustia de vivir y conocerse.

Benjamin Rojas Piña.

*Obispos, sacerdotes y frailes, por el Pbro. D. FIDEL ARANEDA BRAVO.
Santiago, 1962.*

La envidiable laboriosidad del párroco de San Saturnino, don Fidel Araneda Bravo, nos regala un nuevo libro de su tema favorito: los hombres de la Iglesia Chilena. Ahora exhibe una galería de miembros del clero que han honrado su ministerio y merecen destacarse con perfiles dignos de la historia.

Son treinta acabados retratos en los que encontramos un Cardenal, ocho arzobispos, seis obispos, dos canónigos, ocho sacerdotes seculares y cinco frailes. De estos últimos aparecen dos dominicos, un agustino, un franciscano y un religioso de los Sagrados Corazones, que no encasilla estrictamente en la tercera denominación.

¿De dónde ha sacado tiempo el Sr. Araneda para reunir tantos detalles con que da vida e interés a este grupo de eclesiásticos distinguidos, y juzga con cabal conocimiento y agilidad sucesos históricos de compleja información?

El autor nos advierte que no están todos los que desearía encontrar la preferencia de algunos lectores, y que la selección la ha hecho a base de los que "le quemaban las uñas" por escribir de ellos, según la expresión de Tomás Mann.

Pero hay que tomar en cuenta que este libro va a ser una base de erudición eclesiástica para muchas generaciones, y siempre se echarán de menos ciertos personajes de relieve indiscutible.

Está ausente la Compañía de Jesús que produjo a Juan Ignacio Molina, el hombre más ilustre nacido en Chile, según el juicio de don Francisco A. Encina, que sobrevivió muchos años a la independencia nacional, de modo que entra en el período que se ha querido historiar.

Los mercedarios deben haberse entristecido de no hallarse presentes con alguno de sus religiosos como fray Pedro Armengol Valenzuela, arzobispo, erudito y general de su orden; el P. Luis Márquez Eyzaguirre, publicista y misionero que realizó una notable labor indigenista en el Cuzco, o el Hermano Flaminio que brilló con fulgores de sabio, no obstante haberse quedado en el rango modesto de los servidores del convento.

También los salesianos podrían echar de menos una semblanza de los suyos, y en este momento acude a la memoria el recuerdo de don Camilo Ortúzar, ya que trazamos este comentario a la sombra de la actual Catedral de Iquique que levantó con su esfuerzo, fue maestro de pedagogía catequística con su conocido Catecismo en ejemplos.

La obra tiene mucho sabor a Seminario de los Santos Angeles Custodios,